



ALFAGUARA INFANTIL

ALFAGUARA



© 2012, Roy Berocay

© De esta edición:

2012, Ediciones Santillana, SA

Juan Manuel Blanes 1132. 11200. Montevideo, Uruguay

Teléfono: 2410 7342

www.prisaediciones.com/uy

- Grupo Santillana de Ediciones, SA (Alfaguara)
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid, España.
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, SA
Leandro N. Alem 720. C1001AAP Buenos Aires, Argentina.
- Santillana de Ediciones SA
Av. Arce 2333, La Paz, Bolivia.
- Aguilar Chilena de Ediciones, Ltda.
Dr. Ariztía 1444, Providencia,
Santiago de Chile, Chile.
- Santillana, SA
Av. Venezuela 276, Asunción, Paraguay.
- Santillana, SA
Av. Primavera 2160, Lima, Perú.
- Editora Objetiva
Rua Cosme Velho 103, Rio de Janeiro, Brasil.
- Editora Objectiva
Estrada da Outurela 118, 2794-084 Carnaxide, Portugal

Ilustraciones: Gerardo Fernández Santos

ISBN: 978-9974-95-627-8

Hecho el depósito que indica la ley.

Impreso en Uruguay. *Printed in Uruguay*

Primera edición: agosto de 2012, 1.000 ejemplares.

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro medio conocido o por conocer, sin el permiso previo por escrito de la editorial.



PRISA EDICIONES

Ernesto el exterminador y el guardián de los sueños

Roy Berocay

Ilustraciones de Gerardo Fernández Santos

ALFAGUARA



Estaba muy oscuro y hacía un poco de frío. Pero Matías, descalzo, en calzoncillos y camiseta, no tenía miedo.

Llegó al baño, encendió la luz, se acercó al inodoro y...

Sintió que algo calentito le entibiaba el cuerpo. Allá abajo. Algo tibio, mojado.

Se despertó.

¡No podía ser!

Le había sucedido de nuevo: había mojado la cama.

Se quedó unos minutos con los ojos abiertos, mirando el techo pintado de sombras. Una luz muy suave que venía del farol de la calle se colaba por la ventana.

No sabía qué hacer. Era la segunda vez esa misma semana. Ahora aquello ya no estaba tan tibio y empezaba a darle frío.

Sabía que tenía que levantarse y hacer algo. Si no, otra vez sería rezongado por su madre. Pero eso no era lo peor, no. Lo peor era que le daba mucha, muchísima vergüenza.

Tenía nueve años. ¡Nueve años! Eso le decía siempre su madre cuando tenía esos “accidentes” líquidos en la cama.

—Pero Mati, ¡tenés nueve años! ¡Nueve años!

La voz de su mamá repitiendo cuántos años tenía le sonaba en la cabeza como si escuchara una radio.

Él sabía cuántos años tenía. También sabía que la mayoría de los niños dejan de mojar la cama cuando son muy chicos, un año y medio o dos, máximo. Se lo habían dicho un montón de veces.

Y eso le hacía sentir no solo vergüenza, sino también que nunca sería como todos los demás.

En distintos días, su mamá había probado de todo. Enojarse y gritarle, hablarle dulcemente, prohibirle tomar líquido después de las ocho de la noche, hacer que fuera al baño como tres veces antes de ir a dormir.

Y nada daba resultado.

Cada tantos días tenía ese mismo sueño. Soñaba que estaba durmiendo y le venían ganas de ir al baño. Se levantaba, caminaba por el pasillo oscuro y... ¡zas! Otra vez la inundación en su cama.

Matías suspiró, estiró la mano y prendió la lámpara de su mesita. La luz pálida iluminó el cuarto. Las fotos de la Selección; un póster de un viejo grupo llamado Los Beatles que le había regalado la abuela; una mesita con autitos y muñecos y bolitas y figuritas y piedras y otras cosas muy valiosas e importantes.

Estaba también el ropero que tenía una puerta rota, una silla sin respaldo y la ventana con una cortina azul desteñida por el sol.

Pensó en tirar el colchón por la ventana, pero esa idea le duró solo un segundo y lo hizo sonreír. Se imaginó la cara de su mamá al entrar al cuarto y ver la cama sin colchón. No, eso no funcionaría.

Matías fue hasta el ropero y se cambió. Tiró la otra ropa en un rincón. Luego agarró las sábanas limpias que su mamá le dejaba por las dudas. Sacó las sábanas mojadas y las tiró en el mismo rincón de la ropa. Dio vuelta el colchón y se hizo la cama. Tenía frío, pero no había estufa en el cuarto. Su mamá le ponía siempre la de gas unos minutos antes de acostarse, para calentar un poco el ambiente. Después se la llevaba un rato para su dormitorio, aunque la apagaba antes de dormirse.

Cuando la cama estuvo lista, casi tiritando de frío, Matías se volvió a meter en las sábanas y se tapó hasta el cuello con la manta. Se quedó unos segundos pensando en qué haría su madre esta vez.

A lo mejor no lo rezongaba. A lo mejor solo lo abrazaba como la última vez.

Apagó la luz y cerró los ojos.

Entonces oyó un pequeño ruido, como de algo que se movía bajo la cama. Y una voz, medio ronca y bajita.

—¡Otra vez! —dijo la voz—. ¡No hay caso, nunca voy a arreglar este asunto!

Matías abrió los ojos y se quedó congelado de miedo.

La voz no le hablaba a él. Era como de alguien hablando solo.

—¡Lo intenté todo, todo! —se quejó la voz—. Ya no sé qué hacer.

Matías seguía paralizado de miedo, aunque la voz no sonaba amenazadora, sino más bien graciosa, como la de esos muñecos a pila que hablan si se les aprieta un botón. Abrió y cerró los ojos varias veces. Quería estar seguro de que estaba despierto. Y sí, estaba despierto nomás. De verdad, pero de verdad, verdad,

verdad había escuchado una voz que venía desde abajo de la cama.

¿Qué tenía que hacer?

La primera idea que tuvo fue salir corriendo para el cuarto de su mamá. Pero no lo hizo. Ella trabajaba todo el día y dormía poco. Seguro que se enojaría si la despertaba para decirle que oía voces y encima descubriría que había vuelto a mojar la cama. No, mejor esperar un poco. Podía prender la luz, pero tenía miedo de sacar el brazo fuera de la manta.

—¡Tiene que haber una solución! —insistía la voz—. Yo voy a renunciar, este trabajo antes no era así, me voy a tomar unas vacaciones...

Matías juntó fuerzas y se animó. Asomó su cabeza y miró bajo la cama.

En los bordes de la escasa luz que llegaba desde la ventana se movía algo, una sombra pequeña. Estaba justo entre los zapatos de fútbol y las botas de goma para la lluvia, al lado de un patín al que le faltaba una rueda.

La sombra se corrió un poco a un costado, justo adonde había un charquito de luz.

Entonces Matías lo vio.

Las dos miradas se encontraron. La de Matías era de ojos marrones, la del otro, la de esa *cosa*, era amarilla y brillaba como los ojos de un gato.

—¿Qué? ¿Ahora me vas a espiar? —preguntó el ser extraño y agitó sus manitos en el aire.

Matías no sabía qué hacer. Aquello no le daba miedo, aunque tener una cosa rara bajo la cama debería hacerlo gritar de terror. Y encima la cosa hablaba. No, seguro estaba dormido. Se despertaría de un momento a otro.



—No, no estás dormido, niño tonto —dijo el ser extraño adivinando sus pensamientos—. Esto no es un sueño.

—Pe... pero, ¿quién sos? ¿Qué hacés bajo mi cama?

El otro dio unos pasitos cómicos y se acercó un poco más. Matías retrocedió unos centímetros, por las dudas.

—¡Qué pesado! ¿De verdad no sabés quién soy?

—No.

—Bueno, cómo te puedo decir... yo me llamo Máximo. Soy una sombra que por ahora vive bajo tu cama. Algunos dicen que soy un monstruo, pero en realidad soy un guardián, soy el guardián de tus sueños, todos los niños y niñas tienen uno, aunque no lo ven. Eso es porque no estamos acá todo el tiempo, sino lejos, muy lejos. Solo venimos cuando hay problemas serios... como el tuyo.

—¿El mío?

—Sí, el tuyo, la cama mojada, el sueño que te hace mojar la cama, esas cosas.

Matías hizo fuerza. Quería despertarse. Aunque pensó que era gracioso que un ser tan chiquito se llamara Máximo.

—Te dije que no estás soñando y además mi nombre no es gracioso —le dijo el monstruo guardián, o lo que fuera.

—Pero te quejabas, yo te oí.

—Y claro, niño. ¿Te creés que mi vida es fácil? Vigilo tus sueños desde que naciste, todas las noches. Tengo que hacer que duermas bien, tranquilo, todo eso, y tengo que cuidarte hasta que dejes de mojar la cama —la *cosa* caminaba en círculos—. “¡Un trabajo

fácil!”, me dijeron. “Son solo unos dos añitos nada más”. ¡Pamplinas! Ya tenés... ¿Cuántos eran? ¿Ocho? ¿Nueve? Y todo sigue igual. Y vos seguís con esos... esos “accidentes”... Meta mojar la cama. Ya es demasiado. ¡Yo voy a renunciar!

—¡No es mi culpa! —se defendió Matías—. Es el sueño. Sueño que me levanto y estoy en el baño y...

—Sí, lo sé. Ese sueño... Por eso estoy acá, quería ver todo de cerca para arreglarlo, pero no puedo, algo siempre se me escapa. Es culpa del otro.

—¿El otro?

—Sí, el otro, el malo. El señor de todo lo que se ve, lo que se oye y lo que se huele. A veces manda imágenes que se cuelan por una rendija en tus sueños. Nos da mucho trabajo.

—¿Hay otro? —Matías miró para todos lados—. ¿Vive ahí también?

Máximo Monstruo suspiró. Le molestaba que los niños le hicieran preguntas.

—¿Te creés que tu cama es un edificio de apartamentos? No, niño, acá, por ahora, vivo yo. El señor Malófeo, con tilde en la primera o, vive en otro lado.

—¿Malófeo?

—¿Te tengo que explicar todo? Te dije que es el enemigo. Él vive del otro lado, envía a sus ayudantes por el agujero del silencio —Máximo Monstruo miró hacia los costados como si tuviera miedo.

Eso le resultó gracioso a Matías. Los monstruos no deberían tener miedo.

—Ellos se meten en tus sueños y los convierten en pesadillas —dijo Máximo—. Pero quedate tranquilo, creo que lo voy a solucionar.

—¿Y cómo es ese Malófeo?

—No lo sé, nunca lo vi, pero seguro que es malo y feo ¿no? No todos podemos ser tan guapos, hermosos como yo.

De pronto se hizo de día. Una luz clara se desparramó por el cuarto como una ola sobre la costa.

—¡Uy, la luz! —se quejó Máximo—. Me tengo que ir.

Sus patitas lo llevaron rápidamente hasta el fondo de la cama, un rincón bien contra la pared. Se oyó el chirrido de una puerta y luego un golpe seco.

Matías trató de ver, pero aún estaba oscuro allí abajo. Recién entonces se animó y abrió la cortina.

Matías se apuró y miró bajo la cama.

Nada.

Ni monstruos, ni agujeros, ni puertas.

Nada.

Entonces se oyeron golpecitos en la puerta de su habitación.

—Mati, es hora de levantarse, vamos mi amor...

Era la tibia voz de su mamá, llamándolo para ir a la escuela.

—Ya voy —contestó Matías.

Se quedó un momento dudando sobre contarle a su madre lo que había pasado.

Decidió que no lo haría.

A lo mejor de verdad había estado soñando.